BUSCANDO PALABROTAS EN EL DICCIONARIO: LAS MALAS PALABRAS COMO CARTILLA DE TORNASOL EN LA ENSEÑANZA ELE

María Cecilia Ainciburu
Facoltà di Economia «Richard Goodwin». Università degli Studi di Siena

«No es que sean más que las buenas, sino que se usan más. De ahí que sean malas. Por su abuso. Corren como la falsa moneda, en este caso, de boca en boca. Abundan, se repiten, se hacen universales y amplias, y sólo consiguen que nadie sepa qué quieren decir. Lo que no impide, antes bien estimula, que se las siga empleando generosamente».

Juan Nuòo, escritor venezolano.

1. Definiendo las malas palabras

En todas las lenguas conocidas existen insultos y términos soeces (que no siempre son insultos). Sus orígenes acompañan la génesis misma de las lenguas y la propia naturaleza de los hablantes, quienes encuentran en ellos una de las formas más primitivas de referirse a ciertas realidades del mundo que los rodea. Este tipo de expresiones son una manifestación explícita de una carga agresiva y se presentan generalmente como una forma de respuesta inmediata a algo que resulta doloroso desde el punto de vista físico o emocional o como resultado de una situación frustrante. Desde el punto de vista psicológico proferir una mala palabra o un insulto, más allá de los sentimientos de culpa que pueda generar, produce un sentimiento de alivio.

La lingüística toda se basa en la postulación del valor simbólico de la palabra, el nombrar las cosas sin ser la cosa misma sumado al poder de evocar las cosas en ausencia de las mismas. Así, mucho tiempo antes que Saussure[1], San Agustín, hablando con su hijo y discípulo Adeodato, decía que la palabra ciénaga es preferible a la ciénaga[2]. Lacan notó esta imagen y la tradujo, en ocasión de su primer Seminario, en una frase más contundente: «la palabra basura no tiene mal olor».

El valor simbólico de la palabra por un lado nos priva de la presencia de una cosa (o la echa de menos) y por otro lega el referente al discurso y a la realidad con valencias diferentes a la de la experiencia sensible. Existe un **poder taumatúrgico** de la palabra reconocido no sólo en términos bíblicos, religiosos o mágicos, sino simplemente en las frases que utilizamos todos los días, del tipo «por favor, no me lo nombres». Para decirlo de otra manera «algunas palabras tienen más olor que otras»; en la vida de todos los días resulta evidente que no es lo mismo decir *mierda* que *excremento* o nombrar los órganos sexuales por su nombre médico o por su denominación vulgar. Parece que algunas palabras nos acercasen más a la cosa nombrada o que convocaran algo que excede la palabra rozando lo real: unas son buenas palabras, bendicen –y están también las palabras mágicas– y otras son malas palabras y maldicen. Las malas palabras están atravesadas por lo que los antropólogos denominan tabú.

Existen muchas maneras de nombrar; modos que dependen de la situación[3] en la cual se produce el acto comunicativo. En cierto **contexto** se utilizará un lenguaje *culto* y en otros no porque dicho registro podría resultar totalmente inapropiado cuando las circunstancias sociales exigen

[1] Seaussure, Ferdinand: *Curso de lingüística general*. Buenos Aires, Losada, 1962.
[2] San Agustín «Del maestro» en: *Obras filosóficas*, volumen III. México, ed. Católica, 1945.
[3] En la época en que Ángel Rosenblat publicó su gran obra, *Buenas y malas palabras* (Caracas, ed. Universitaria, 1960), se percibía con toda claridad una línea divisoria entre el habla popular –totalmente espontánea, la que se usa en los espacios privados, para aludir a eventos íntimos o familiares, desprovistos de significación más allá de los involucrados en ese acto de habla– y el habla culta, destinada a un entorno público, pronunciada con un ideal de unidad hispánica, de corrección. Esta línea de división de los registros, estudiada por el autor en Venezuela, pero –creo– válida para los otros países hispanohablantes ha sufrido grandes cambios en los últimos años como tendemos ocasión de explicar cuando hablaremos del índice de frecuencia de las malas palabras.

Centro Virtual Cervantes

un lenguaje *vulgar*. Se ha observado[4] que dos ámbitos son fuente de malas palabras e insultos: las funciones corporales (partes anatómicas y problemas de alcoba) y las enfermedades, sobre todo si graves. Queda claro que en tema de palabrotas lo malo proviene del cuerpo tanto en su versión patológica como en la fisiológica. El lenguaje vulgar parece más cercano al cuerpo, en el extremo opuesto las palabras cultas, sobre todo si son palabras de uso científico, parecen más alejadas. Pero en el caso del lenguaje científico o médico en ciertas ocasiones se da la relación inversa, el nombre médico de una enfermedad grave es eludido por una referencia alusiva.

Muchas veces se ha dicho que las verdaderas injurias son la guerra, el odio, etc; pero éstas son afirmaciones impropias, porque en realidad nuestro lenguaje concibe que lo malo venga de la carne y no del espíritu, y la fuerza de la intencionalidad cuando insultamos no está decidida por nuestras convicciones ideológicas sino por el contexto cultural. Esta unión entre cuerpo y mala palabra, con todas las conclusiones que quieran asociársele (la condición burguesa, puritana, victoriana, etc.), es prioritaria, aunque no queremos decir que sea exclusiva, lo demuestran algunos casos judiciales, por ejemplo:

> *Se trata de la campaña Presidencial en Ecuador, donde ha sido presentada la candidatura del señor Lucio Gutiérrez. Gutiérrez encabeza las encuestas y todo parece indicar que cuando usted lea el presente artículo ya esté proclamado como presidente electo.*
>
> *Pero no es el resultado de esas votaciones lo que nos importa. Nos interesan las palabras. Los competidores, como recurso extremo y viendo que el triunfo peligra, acuden a los peores epítetos, de modo de desacreditar al contrario.*
>
> *El candidato Salvador Gutiérrez, es igualito a Hugo Chávez» –rezaba el oprobioso anuncio, difundido por el comando de campaña de uno de los adversarios del virtual Presidente. Más o menos lo mismo, ocurrió hace semanas atrás en la lucha por la jefatura de Estado.*
>
> *De más está decir, que la máxima autoridad electoral ecuatoriana, después de la correspondiente investigación, prohibió el golpe bajo –y copiamos textualmente la resolución– «por atentar contra la moral y las buenas costumbres.*[5]

En este caso el contexto cultural es el que explica la carga intencional del insulto y esto nos da pie para señalar también que los insultos son una construcción histórica como se deduce a partir de sus valencias sociales. Por esta razón queda claro que no siempre la misma expresión servirá como palabrota y que algunas palabras han sufrido una evolución histórica hacia un uso como insulto[6].

En los trabajos científicos centrados en el estudio del género se postula que hombres y mujeres no emplean las mismas palabrotas. Las mujeres usan palabrotas menos *fuertes* que los hombres, que expresan sus sentimientos con más rotundidad.

> *Por ejemplo, supongamos que a un hombre y a una mujer se les rompe un vaso, su reacción podría ser: Mujer: ¡Vaya por Dios! Se me ha roto el vaso.*
> *Hombre: ¡Joder! Se ha roto el vaso.*[7]

Dentro de la descripción de los aspectos inherentes al uso y frecuencia de las palabrotas, diremos finalmente que dichas palabras son más frecuentes en el lenguaje coloquial que en el escrito y que según los últimos estudios el hablante prefiere utilizarlas en la comunicación directa y evita su uso en otros canales:

[4] Foulkes, Eduardo. *Palabra anatómica y orden libidinal*. Buenos Aires, Homo sapiens, 1978.
[5] Extraído del artículo periodístico de Omar Estacio «Chávez: una mala palabra» en *Opinión*, Caracas, 24 julio 2002.
[6] Un estudio del cambio histórico de las palabrotas en Espinosa Meneses, M. (2001) «Algo sobre la historia de las palabrotas» en *Razón y palabra* nº 23, oct.
[7] Rivero, C. «Diferencias lingüísticas entre hombres y mujeres» en *Pluralidad lingüística española* (revista electrónica).

ASELE. Actas XV (2004). MARÍA CECILIA AINCIBURU. Buscando palabrotas en el dicci...
Centro Virtual Cervantes

> *Una encuesta realizada por la empresa americana Harris Interactive llegó a la conclusión que los usuarios de teléfonos móviles (86%) apenas dicen palabrotas durante sus conversaciones telefónicas. Curiosamente, que no digan palabrotas no significa que las conversaciones sean un lugar de cursilería, ya que un 50% de los encuestados asegura que el comportamiento es inadecuado e incluso puede ser grosero a la hora de hablar por teléfono.*[8]

Bueno, hasta aquí hemos dicho unas cosas muy simples: que la definición de las malas palabras depende del hecho que tienen un poder taumatúrgico diferente, que prefieren los contextos vulgares o cotidianos y que su intencionalidad es diferente a la de otras palabras referencialmente más neutras. Queremos subrayar que el elemento de la intencionalidad es fundamental en el insulto y que la mala palabra es su manifestación más directa aunque existan formas de agresión más sofisticada.

Ahora todos los que escuchan me dirán que muchas veces se dicen malas palabras sin insultar: que los argentinos dicen *boludo* continuamente e que incluso las chicas –obviamente en la versión femenina *boluda*– se lo dicen entre ellas demostrando una completa ignorancia anatómica o un corolario inesperado a la famosa *envidia* freudiana. A un amigo se le dirá además que es un *hijo de su madre* cuando en realidad se le quiere decir que ha hecho algo muy bien. Todo esto porque las malas palabras con la repetición permanente pierden su fuerza ilocutoria y se transforman en una muletilla que caracteriza el discurso como signo de pertenencia a un grupo. La misma argentina del ejemplo anterior dice *boluda* a su hermana o a su amiga porque remarca un dominio común de convivencia y distancia social, pero no apela del mismo modo a su madre, a su jefa, a su profesora; o mejor dicho, si lo hace, el contexto social devuelve a la palabra su potencia emocional. Las malas palabras discriminan ámbitos de uso y por esta razón son útiles en la lengua oral cuanto en la expresión escrita cuando se genera un cambio, por ejemplo un giro hacia un mayor grado de intimidad o para subrayar el enojo. Por esa razón el abuso de las palabrotas las hace impotentes sea como forma de exteriorizar la rabia que como manifestación erótica.

Además de las características lingüísticas de las palabrotas y de sus posibilidades estilísticas existe una valencia política de las malas palabras. Austin (1990) precisaba que las palabras sirven para hacer cosas y no sólo para nombrar. Cuando hablamos preguntamos, ordenamos, prometemos, informamos, y también insultamos. El insulto cumple una función dentro de la comunicación y por eso usamos formas sutiles, disfrazadas, apoyándonos exclusivamente en el tono de nuestra voz o usamos palabras especializadas para herir, rebajar o lastimar a las personas, es decir, hacemos uso de las llamadas *malas palabras* o groserías.

> *George Orwell, en 1984, propone la neolengua: un idioma que va siendo reducido gradualmente a la menor cantidad de voces posibles y de esta manera se logra limitar la capacidad de pensar del pueblo para así facilitar el sometimiento totalitario*[9].

Esa es la verdadera degradación del idioma: la pérdida de los matices, de los múltiples sentidos, el empobrecimiento del sistema de diferencias, de acentos, de giros y posibilidades expresivas. Incluso el empobrecimiento de la posibilidad de insultar, de decir malas palabras. Es bastante simple realizar una correlación entre formas más o menos solapadas de represión, desde el victorianismo al franquismo[10] o al fascismo por ejemplo, y la censura de las obras literarias o cinematográficas que hacen recurso a las malas palabras. En algunos casos el uso corriente de malas palabras en lugares públicos, aún sin que medie la voluntad de insultar, pueden ser sancionados por la ley[11]. La tendencia represiva termina por restar expresividad no sólo a lo que verdaderamente llamamos palabrotas sino a todo aquello que pueda sugerir relaciones sospechosas o la identificación de las acciones animales y humanas hasta alcanzar un nivel de perversión opuesta a lo que busca y dando frecuentemente como resultado formas grotescas.

[8] Extraído de la página web www.noticiasdot.com/03julio2003

[9] Foulkes, E. (1978), *op.cit.*, p. 23.

[10] De la entrevista con el escritor islandés Gudbergur Bergsson (2002,*Cuadernos Cervantes*, ed. electrónica):
«Vd. viene habitualmente a España, ¿Cómo percibe la evolución de nuestro idioma?»
«En la calle se notan mucho menos las palabrotas, antes se usaban muchísimo, se oían por todas partes. Ahora se está dando una especie de escandinavización o protestantismo y se oyen menos. Esto significa que la gente goza de cierta libertad y no necesita esa vía de escape. Creo que las palabrotas eran una vía de escape frente a la opresión del franquismo...También se hacía más el amor (risas) ».

Centro Virtual Cervantes

> Y es, en cambio, más frecuente que una tendencia estúpida venga a restarle colorido a la expresión. Caso lastimoso: ahora resulta que la palabra poner ha caído en desgracia y su empleo es signo de poco lustre. Alguien ha comentado que la culpa la tienen los maestros, quienes echaron a andar en las aulas la especie según la cual sólo las gallinas ponen mientras que la gente coloca. De resultas, los venezolanos de menguado –o nulo– sentido del donaire verbal dicen que una actriz se colocó un vestido, que el doctor le colocó unas medicinas al paciente, que un funcionario influyente colocó en contacto a éste con aquél, y que el de más allá se colocó rojo de la ira. He aquí una muestra cabal de que no siempre las modificaciones en el habla conllevan enriquecimiento para ésta; y sí, más bien, un espantoso desmedro[12].

Por todas las razones que hemos presentado hasta aquí las palabrotas se presentan como un problema no sólo en la enseñanza de la lengua materna o de la segunda lengua sino en el ámbito de la traducción. En su libro *A Textbook of Translation,* Newmark señala dos tipos de palabras, las *universales* y las *culturales*, las primeras con una referencia clara que proporciona una equivalencia relativa entre dos lenguas y las segundas que, como no poseen un vínculo directo, contribuyen generalmente a la inexactitud de las traducciones. El problema de la traducción se genera gracias al vacío o distancia cultural que existe entre las lenguas de partida y de llegada. La posibilidad o el alcance de la traducción se relaciona con la ausencia de equivalentes culturales y no con la ausencia de equivalentes semánticos o morfosintácticos. Este problema resulta claro cuando elegimos en qué modo traducir las malas palabras dado que nos da la sensación de que estamos perdiendo expresividad y carga emotiva, cuando no precisión dialectal o sociológica. Éste es uno de los argumentos utilizados cuando se habla de la imposibilidad de alcanzar la equivalencia dinámica en la traducción de textos literarios, porque un texto traducido nunca puede producir el mismo efecto sobre sus lectores que aquel que causó el original sobre los suyos.

2. LAS PALABROTAS EN EL MATERIAL DIDÁCTICO

¿Cómo entran las malas palabras en el mundo de la educación? Ingresan por la puerta de servicio: las madres y las maestras no enseñan las malas palabras, en los mejores casos se limitan a indicar –con modos más o menos contundentes– que *eso no se dice* o que *eso no se le dice a su madre o a una persona mayor*. En la infancia aprendemos el tabú que acompaña la palabrota, su intencionalidad, pero casi nunca su significado.

Esta ponencia nace de una experiencia personal, y pido disculpas por traerla a cuenta, pero es que creo que explica mejor que muchas palabras el problema. Cuando era pequeña, siendo la pata de Judas, tendía frecuentemente a abusar de la paciencia de mi madre que, renunciando a poner en acto sus intenciones represivas, me amenazaba con una «patada en el occipucio». Mi madre se tomaba venganza sobre mi ignorancia lingüística (y anatómica) y yo me sorprendía de que mi madre dijese malas palabras en mi presencia. Acuciada por la curiosidad iba a buscar *occipucio* en el diccionario pero la definición era tal que yo quedaba igualmente convencida de que el *occipucio* se situase unos cuantos centímetros más abajo.

Por muchos años a los profesores de ELE nos han dicho que la técnica de «deducción del significado a partir del contexto». (*meaning-inferred*) era más eficaz en términos de aprendizaje que la suministración directa por parte del profesor o del uso del diccionario (*meaning-given*). En la actualidad los estudios de lingüística aplicada nos indican que –ya sea porque la cantidad de ejercicios mnemónicos es inferior o porque el análisis del contexto desvía la calidad de la asociación de la palabra al contexto– si buscamos la eficacia en la retención del léxico, dar el significado resulta la opción más válida[13].

[11] El foro del idioma español *Unidad en la diversidad* se hace eco de una noticia publicada en el diario *El Comercio*, de Lima, Perú según la cual una ordenanza municipal de la localidad peruana de Chiclayo prohíbe pronunciar palabrotas e insultos, previendo una sanción de 280 soles (casi ochenta dólares). Las sanciones a los que dicen palabrotas están contempladas en el mismo nivel que delitos calificados como muy graves por esas normas: la prostitución callejera, la venta y consumo de drogas y el comercio de disolventes, tabaco y alcohol a menores. La disposición busca «cautelar la moral y las buenas costumbres» y que para hacerla efectiva se contará con la intervención del Ministerio Público y la Policía.

[12] Socorro, M., «Gracias y Desgracias del idioma», en *Diario El Nacional*, Caracas, domingo 6 de octubre de 2002.

[13] Ver Mondria (2003), Laufer (2003), Frantzen (2003).

ASELE. Actas XV (2004). MARÍA CECILIA AINCIBURU. Buscando palabrotas en el dicci...
Centro Virtual Cervantes

Uno de los problemas que presenta el uso de las malas palabras en los nativos es que, aún cuando se sepan utilizar en el contexto adecuado, el significado final puede resultar desconocido. Una de las preguntas que surgen para los nativos y con más razón para los alumnos de ELE es si el diccionario puede funcionar como estrategia de suministración del significado.

No es necesario hacer un análisis detallado del problema de los diccionarios de la lengua española porque basta abrir el menos polémico de los estudios de lexicología para encontrar la lamentela más común en ámbito español que es «que falta material», que falta un diccionario histórico completo, que los diccionarios para los alumnos extranjeros son incompletos, que la lematización no favorece el uso directo para un extranjero, etc.

Se diría, pedagógicamente hablando, que si sabemos que el alumno usa en casa o usará en el futuro los diccionarios (ya sean bilingües o monolingües) habría que enseñarle a usarlos con provecho. Pero salvo en algunas presentaciones de experimentación didáctica no nos encontramos de estos ejemplos; en el caso específico de los manuales de lengua, por ejemplo, también es muy difícil encontrar actividades que supongan el uso del diccionario.

Y de las malas palabras ¿qué? En los diccionarios pequeños, que son los que normalmente usan los alumnos, las malas palabras desaparecen. Consultados los cinco diccionarios español-italiano más vendidos en Italia (Zanichelli, Hoepli, Holls Capitol, Grijalbo, Herder)[14] y tomando como conjunto de malas palabras usadas en España propuesto por el glosario Avizora, sólo el 1% de las palabras aparece y frecuentemente en su significado no de palabrota. Tampoco encontramos ilustradas las variedades no peninsulares que directamente desaparecen de los diccionarios bilingües y también de otros diccionarios de uso más abiertos a los americanismos, así también como los giros léxicos.

Si el contexto no nos ayuda y el diccionario no nos proporciona la información requerida ¿en qué modo podremos enseñar este tipo particular de léxico? En los manuales más vendidos tampoco encontramos ejercitación que incluya las malas palabras[15]. Examinemos entonces los criterios con los cuales se elige el léxico en la enseñanza ELE.

En primer lugar se sostiene generalmente que existe un vocabulario de base formado con palabras comunes que no deberían ser típicas de una región, de un determinado contexto social o de épocas pasadas. Esto considerando, claro, que el alumno no posea necesidades comunicativas particulares, sugiere que la frecuencia o la alta disponibilidad de una palabra sea una condición necesaria para que la incluyamos en el elenco de las palabras que hay que enseñar. No será fácil identificar cuál o cuáles palabrotas entran entre las 500 que se consideran de *vocabulario básico*, pero sin duda la frecuencia es una de las razones que debería considerarse fundamental en la inclusión de las malas palabras en el léxico de base. Por otra parte las malas palabras no suelen presentar los problemas de registro de la frecuencia que presentan las formas sometidas a fuerte flexión como el caso de formas poco habituales de verbos de uso común o los significados secundarios de muchas palabras.

La frecuencia se acompaña además con la diversidad de contextos de uso, lo que se llama *dispersión* del léxico. Si bien la inclusión de este tipo particular de léxico no parece tocar niveles académicos y cultos queda bastante claro que no se limita a las formas coloquiales y que se encuentra en modo frecuente en los textos periodísticos y literarios (a veces en versión siglada). El uso de las malas palabras parece tener una colocación transversal respecto a los varios registros.

Además de las condiciones de frecuencia con sus consabidos corolarios de rentabilidad, orientación al registro coloquial, etc, la enseñanza del léxico involucra dos aspectos diferentes: el receptivo y el productivo. Parece claro que enseñar las malas palabras tiene que ver fundamentalmente con la comprensión de las intenciones comunicativas, del registro y de los demás aspectos pragmáticos, aún antes que con el significado de la palabra.

3. EL EXTRANJERO Y LAS MALAS PALABRAS

Como habíamos dicho ya, en el aula de lenguas extranjeras se reproduce una situación que todos hemos vivido en la vida real y en nuestra propia lengua: el profesor que reacciona molesto al tema (o todo lo contrario), el alumno que evita las malas palabras o que, al revés, cree que es gracioso exhibirlas y repetirlas sin ton ni son, etc. Esto porque el tejido social del aula está formado

[14] Las fuentes para la selección de los diccionarios son los volúmenes de venta de las librerías Feltrinelli (las más extendidas territorialmente en el sector lenguas extranjeras) y el distribuidor exclusivo de las editoriales españolas *Logos srl.*

[15] Existen en cambio buenos ejemplos de análisis del lenguaje juvenil de España, incluso con aislados ejemplos de didactización como el de López Cordero (2003).

Centro Virtual Cervantes

por las relaciones entre unas personas que encarnan un determinado rol y que, por vivir en una determinada sociedad y cultura, sufren las determinaciones propias del prejuicio, el tabú, etc.

Para los extranjeros que aprenden nuestro idioma las palabrotas son un capítulo importante, nos guste o no. La falta de un capítulo dedicado en los libros de texto reproduce la actitud de la pedagogía de la lengua materna: el alumno aprenderá las malas palabras «fuera de clase», se le dirá que no debe usarlas y difícilmente se le explicará el significado.

Sin embargo la relación que un pueblo tiene con las malas palabras y con el modo de insultar forma parte de un aspecto cultural que puede resultar importante en algunas lenguas. Veamos por ejemplo qué dice una academia para el estudio de las lenguas extranjeras del italiano:

> Una larga tradición.- *Los insultos y palabrotas podrían ponerse en un curso entero. A los italianos, que se enfurecen fácilmente, les gusta insultarse a la cara, y hacen de ello un juego, aún, un deporte nacional. Les indicamos las palabras que siguen para que las comprendan, pero les aconsejamos firmemente no utilizarlos:*
> **Porco** - *puerco*
> **merda!** - *mierda*
> **pappagallo!** - *¡loro!/ligón*
> **scemo!/stupido!** - *¡tonto!/¡estúpido!*
> **pazzo!/idiota!** - *loco/idiota*
> **cornuto** - *cornudo*
> **vaffanculo** - *vete a hacer puñetas*
> En tono moderado.- *Si le están molestando evite, siempre que pueda, el uso de las anteriores palabrotas. Le recomendamos que mejor diga:*
> **Vai via!** - *vete*
> **Lascimi stare!** - *¡Déjame tranquila!*
> **Lascimi in pace!** - *¡Déjame en paz!*[16]

Dos aspectos son importantes en el ejemplo citado –y dejo los errores del italiano y la traducción fuertemente peninsular para otro momento– por una parte, se aconseja *firmemente* no utilizar las palabrotas y por otra se subraya la necesidad de comprensión de las unidades léxicas.

Por otra parte notamos que las malas palabras pronunciadas por un extranjero pierden toda su fuerza ilocutiva y el hecho que rayen el ridículo es de fácil constatación. Esta es la experiencia de un alumno que encontramos navegando en Internet:

> *Hola tod@s,*
> *Es lógico q escribes, ¿no? Los hablantes nativos –en nuestro caso los hispanohablantes– se divierten en cuanto un extranjero –en nuestro caso un guiri– habla su lengua con su extraño acento etc. Así –sobre todo los adolescentes– proponen al "estudiante" palabras q debe repetir.*
> *Así yo aprendí las palabrotas en Argentina. No sabía ni comunicar con mi familia (vale, ellos sabían alemán), y en el colegio los chavales me propusieron palabras como boludo, pelotudo, forro o pajero y seguramente algunas más. Como era un colegio alemán lo único del castellano que aprendí era sobrevivir (en restaurantes y supermercados) y palabrotas.*
> *Hoy –creo– sé el español bastante bien.*
> *Os saludo*
> *Ibn Khaldun*[17]

Queda claro entonces que se propone la enseñanza de este tipo de léxico como un recurso propio de la comprensión y no de la producción, aún cuando siempre nos han dicho que una persona sabe verdaderamente un idioma cuando sueña e insulta en la nueva lengua. En el caso del es-

[16] www. Mailxmail_com/Curso de italiano Conversación los insultos - Cursos gratis de.htm
[17] Foro: www. Andalusienforum Thema anzeigen –¿Merece la pena mantener Tertulia en este Foro?.htm

ASELE. Actas XV (2004). MARÍA CECILIA AINCIBURU. Buscando palabrotas en el dicci...
Centro Virtual Cervantes

pañol las palabrotas esconden otra insidia: la de la dialectalización, que ya hemos analizado pero que adquiere un diferente cariz cuando de un extranjero se trata.

> *Le ocurrió a miss Josephine Thompson, amiga nuestra, en un tour por el Caribe. Josephine, había aprendido el castellano en Venezuela y quiso aprovechar el viaje para practicar su segunda lengua:*
> *- Perdón, míster, tiene un bicho en el pantalón.*
> *Pero el señor con quien intentó trabar conversación Josephine, se daba un paseo por el viejo San Juan. No queremos ni imaginar el mal rato de la respetable señora al enterarse, que esa expresión anodina en Venezuela, tiene una connotación distinta en Puerto Rico, por lo que el aludido, nada más de oírla, le hizo a nuestra apreciada amiga una proposición indecente*[18].

En el aprendizaje de la lengua extranjera, como en el de la lengua materna, este tipo de léxico marca en parte el dominio de la competencia sociolingüística de un alumno y la posibilidad de desenvolverse correctamente en contextos informales. Si los alumnos además son jóvenes y están en una situación de inmersión resulta más adecuado afrontar el tema en clase. Esto contradice la idea de que el profesor sea la guía hacia la adquisición de un español adherente a la norma y de registro culto, pero facilita la integración del alumno en grupos de nativos y lo preserva de cometer errores de registro que pueden costarle muy caros. La inadecuación de contexto se da igualmente si el alumno usa una mala palabra en un contexto formal (o sin razón), como si se expresa en registro excesivamente formal en un contexto distendido. En ambos casos no es justo decir que la comunicación ha tenido éxito.

Así como un hablante culto es capaz de hablar en un registro informal, pretenderemos que, a medida que el dominio lingüístico de nuestros alumnos avanza, el conocimiento del argot coloquial también lo haga. El uso de una mayor o menor cantidad de palabrotas dependerá en parte de una actitud que tiene que ver con su uso en lengua materna y no necesariamente con el nivel general en L2. Muchos hablantes nativos no usan palabrotas, las comprenden pero no las utilizan; del mismo modo el profesor de ELE dará las armas para que el alumno elija cuando y si utilizarlas en la lengua extranjera. El aula es un tipo de realidad, pero la realidad que verdaderamente determina el éxito de una comunicación es la de la calle y en ella nuestro alumno habrá de ser evaluado.

El último aspecto, que no podemos obviar, es la relación misma del docente con el tabú de las malas palabras. Muchos nos sentiríamos incómodos estructurando una lección sobre el tema. La muestra de lengua real de la cual partimos para programar una clase puede socorrernos y romper el empacho inicial: el cine y la literatura moderna nos dan todo el material que podamos necesitar.

BIBLIOGRAFÍA

Austin, J. (1991): *Cómo hacer cosas con las palabras*. Barcelona, Paidós.

Casado Velarde, M. (1989): «Léxico e ideología en el lenguaje juvenil», en *Comunicación y lenguaje juvenil*. Madrid, Fundamentos.

Cascon Martin, E. (2000): *Español coloquial. Rasgos, formas y fraseología de la lengua diaria*, Madrid, Edinumen.

Cela, C. J. (1987): *Diccionario secreto*. Madrid, Alianza Editorial.

Corominas, J. y Pascual, J. A. (1991): *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Gredos.

Frantzen, D. (2003): «Factors affecting How second languages Spanish students derive Meaning from Context» en *The modern Language Journal* 87, 168-199.

Hernández, C. (1998): «Propuesta para la enseñanza del lenguaje coloquial en la clase de español lengua extranjera», en *Frecuencia L*, n° 7, 16-18.

Laguna, C. (1988) *Palabras y palabrotas*. México, Publicaciones Cruz.

Laufer, B (2003): «Vocabulary acquisition in second language: Do Learners really Acquire most vocabulary by reading?» en *The Canadian Modern Language Review* 59, 567-587.

López Cordero, M. (2003): «El aprendizaje del argot común en la clase ELE» en *Frecuencia-L*, 22.

[18] Extraído del artículo periodístico de Milagros Socorro «Gracias y desgracias del habla» en: *El Nacional*, Caracas, 6 octubre 2002.

Centro Virtual Cervantes

Moliner, M. (1992): *Diccionario de uso del español*, Madrid, Gredos.
Real Academia Española: *Diccionario de la lengua española*, Madrid, Espasa-Calpe.
Mondria, J. (2003): «The effects of Inferring, Verifying and Memorizing on the retention of L2 Word Meanings» en *Studies in Second Languages Acquisition* 25, IV.
Rius, R. (2001): *El libro de las malas palabras*, México, Grijalbo.
Santos Gargallo, I. (1994): «Lo coloquial en la enseñanza del español como lengua extranjera en niveles elementales», en Sánchez Lobato y Santos Gargallo (eds.), *Problemas y métodos en la enseñanza del español como* lengua extran*jera,* Actas del IV congreso ASELE, Madrid, 437-447.
Umbral, F. (1983): *Diccionario cheli,* Barcelona, Grijalbo.

MATERIAL EN LA RED

Título	Descripción	*Dirección en Internet (URL)*
Chilenismos	Glosario con términos y expresiones de Chile	http://sussana.homepage.com/chilenismos.html
Diccionario de Regionalismos de la Lengua Española	Diccionario con términos propios de distintos países de América Latina y España	http://www.hispanicus.com/drle/portada.htm
Diccionario regional comparado de palabrotas en español y portugués.	Diccionario de terminología vulgar, básicamente en español	http://www.servicenet.com.ar/satyam/osho/palabrotas.htm
Jerga... Argot... Slang... Modismo...	Palabras y expresiones de distintos países de América Latina	http://www.geocities.com/Athens/Olympus/1960/index.html
La página del insulto	Página en español acerca del insulto y materiales afines	http://jamillan.com/insultos/index.htm
Maldecita press	Página de insultos y publicaciones en inglés	http://www.sonic.net/maledicta/
Salvadoreñismos	Glosario de localismos de El Salvador	http://www.queondas.com/aqui_estamos/dichos/terminos.htm
Slang & Regional	Lista de diccionarios con localismos y términos vulgares	http://members.tripod.com/~sadowsky/glosidx/gl25slre.html#SR-SP
The Alternative Spanish Dictionary	Diccionario de términos vulgares en español con explicaciones en inglés	http://www.notam.uio.no/~hcholm/altlang/ht/Spanish.html
Traduciendo palabrotas y terminología sexual del inglés	Diccionario bilingüe de terminología sexual	http://www.lleida.net/~ecarrera/traslate.htm
Zona	Diccionario de términos vulgares latinoamericanos	http://www.geocities.com/SoHo/Cafe/1213/a.htm